

Arriba, inclinado al borde de la abertura, el asesino sentía erizarse sus cabellos ante el macabro espectáculo, de imposible descripción, que alumbraba la linterna de los dos viejos. Temblando como un azogado, hubo de tomar entre sus manos su cabeza y oprimir fuertemente las mandíbulas para que su boca no se abriese, para no gritar su espanto y la angustia inmensa que le dominaba.

Realmente el cuadro mudo que ofrecía la antecámara era de un realismo horroroso, y susceptible de provocar el desequilibrio de la imaginación del culpable, por muy sólido que fuese el cerebro del mismo.

El ataúd, abierto al chocar contra los ladrillos, dejó escapar el cuerpo que le fuera confiado. Uno de los brazos de Ricardo Sabielo, algo apartado del tronco, servía de almohada á la cabeza de Malaquea, cuya herida, cerrados ya los bordes, semejaba un collar coralino que rodease el robusto cuello.

Y allí, en el serrín teñido en sangre en el que dos recién nacidos se agitaban, cerrados aún sus ojos á la luz, los cuerpos de ambos esposos aparecían unidos, en los umbrales de la noche eterna, por un último y glacial abrazo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

III

LA FAMILIA ADOPTIVA

La víspera de esa noche terrible, y poco más ó menos á la misma hora en que ocurrían los sucesos relatados, regresaba Enrique de una excursión á Ajaccio, y entraba, sin llamar previamente, en la sala baja de una casa situada en el límite del arrabal oeste de Sartène.

Esta casa merece una especial descripción.

Componíase en primer término de una amplia habitación, para llegar á la cual desde la calle era preciso bajar tres escalones.

A más de la puerta de entrada, única comunicación con el exterior, contaba el cuarto con dos grandes ventanas cuyos marcos carcomidos soportaban aún en la parte de arriba cristales de color verde botella, y en la de abajo grandes cuadros de tela alquitranada, clavados en el sitio que un tiempo debieron ocupar los cristales desaparecidos.

El suelo estaba sin embaldosar; formábalo la tierra removida en todo el perímetro de la habitación, excepto en el espacio comprendido ante la grande y antiquísima chimenea, pues en este la tierra hubo de ser reemplazada, sin gran ventaja ciertamente, por un empedrado de guijarros unidos unos á otros con cemento.

Nada de particular ofrecía la chimenea á la contem-

plación del curioso, á no ser sus excepcionales dimensiones, pues bajo su campana podían colocarse con comodidad hasta veinte personas, y la placa de hierro forjado colocada en el fondo, de tres metros de alto por otros tantos de ancho, la que, á juzgar por la capa de herrumbre que la cubría, contaba ya una antigüedad más que respetable.

Grabado en dicha placa aparecía el escudo acuartelado de los Bozzi-Bozzo, señores condes palatinos, cuyo último descendiente, gran maestro de la orden de la Misericordia y poseedor de inmensos tesoros, hubo de hacerse célebre en los fastos del bandidaje con el nombre de Fra-Diavolo.

Un asador gigantesco ocupaba sitio de preferencia ante el hogar, lleno de ceniza, y delante del asador aparecía un calorífero de hierro colado. Cerca de éste, una mesa de roble rodeada de algunas sillas cojas ocupaba el centro de la habitación.

En un rincón, á la derecha, veíase un armario-alcoba, también de edad respetable, y frente al mismo, del otro lado de la mesa, un reloj de pared con larguísima péndula cubierta de verdín.

Las paredes, enjalbegadas, rezumaban una humedad viscosa que no conseguía secar el calor bochornoso producido por el calorífero de hierro. A favor de dicha humedad habíanse oxidado dos fusiles de piedra olvidados en un rincón, é iban deshaciéndose en lágrimas polieromas los colorines que iluminaron un tiempo una estampa, pegada en una de las paredes, en la que aparecía un mal dibujado jinete que guardaba cierto parecido con el emperador Napoleón Bonaparte.

No lejos del armario-alcoba, y en una hondura de la pared, una puerta no muy ancha daba acceso á la segunda y última habitación del piso bajo. Esta última no tenía ni con mucho las dimensiones de la primera, y en ella la tierra removida del suelo, alumbrada por una especie de tragaluz, aparecía cubierta en diferentes sitios de grandes manchas negruzcas.

Nada de muebles: algunos ganchos de los que emplean los carniceros para colgar las reses muertas, clavados en el muro; una mesa mostrador ante la ven-

tanuca, una cuchilla, una sierra y otras armas de hoja ancha y cortante alineadas en una especie de armero, y eso era todo. Aunque no: á guisa de ornamentación decoraban las paredes de esta pieza dos estampas, sin duda del mismo autor que la de la otra, en una de las cuales aparecía Napoleón con los pies entre la nieve contemplando eternamente el incendio de Moscou, mientras que en la segunda el mismo gran conquistador llevaba muchos años despidiéndose para siempre en Fontainebleau de los granaderos de la guardia.

Hay que advertir que, para los corsos, Bonaparte es algo así como un Dios. Aquello de que nadie es profeta en su tierra no reza con él, pues después de transcurrido un siglo, sus compatriotas siguen admirándolo como antes de su muerte. Pocas serán las casas corsas donde no se encuentre por lo menos un retrato suyo más ó menos fantástico.

Volvamos á la casa. En este cuarto más pequeño, y en uno de sus rincones, comenzaba una escalera de caracol que daba acceso á las habitaciones del primer piso.

El señor Bozzo, ó el tío Bozzo como le llamaban familiarmente sus conocidos, resobriño del famoso conde monje y bandido todo en una pieza, era propietario del inmueble en que nos ocupamos, y en él ejercía su profesión de posadero-carnicero; en el cuarto pequeño mataba, destazaba y vendía al detalle, las reses destinadas al consumo, mientras que en el grande la digna esposa de Bozzo servía á los pocos viajeros sedientos que entraban en él para mojar las secas fauces con una insoponible mezcla de vinos del país y de las Baleares.

Fuera de la casa, y encima de la puerta, una plancha de hierro barnizada balanceábase sobre sus goznes lanzando plañidores quejidos cada vez que el viento llegaba á moverla un poco. Era la muestra. ¡Y qué muestra! Véase la clase. Un pintor desconocido había pintado en la plancha quejumbrosa una bestia apocalíptica degollada, en la cabeza de la cual, casi separada del tronco, un cuchillo que por lo ancho parecía la hoz de un segador manteníase derecho en virtud de un inverosímil equilibrio; á los pies de la víctima unos cuantos chafarrinones de ocre y bermellón semejabán hasta el

punto de hacer posible la confusión, la sangre derramada.

A juzgar por sus dimensiones, la víctima propiciatoria debió pertenecer á la familia de los paquidermos : pero es el caso que también poseía cuernos como los toros y largas orejas como las de los asnos.

De aquí que, en previsión sin duda de posibles y disculpables confusiones, el artista se creyera en el caso de explicar cuál fuera su pensamiento al ejecutar aquella obra maestra, y hubo de añadir á la misma la siguiente leyenda aclaratoria :

AL TAJO MAESTRO

*Carnicería de corderos
Se sirve de beber.*

De modo que aquel asno, toro ó hipopótamo, pues de todo tenía, representaba sencillamente un cordero. Y es que no hay modo de ser poeta y fisonomista á la vez.

Tal era la casa en la que entró Enrique la víspera de la noche trágica de que acabamos de hablar.

Cuando después de empujar la puerta penetró el joven en la que podemos llamar posada, la noche había cerrado ya y sin embargo no brillaba en la sala luz alguna. Arrojó el sombrero de fieltro al azar, sobre la mesa, y dirigiéndose á una vieja sentada junto al calorífero, de la que apenas se distinguía la silueta, exclamó alegremente :

— Buenas noches, madre.

— Dios te las dé buenas, mi Enrique, — contestó aquella levantándose. — Dos días ya que no se te veía el pelo por aquí... Quisiera yo saber dónde te metes... ¡Señor, Señor!...

— Yo se lo diré á usted mientras cenamos, madre ; — interrumpió Enrique. — Ahora lo mejor que puede usted hacer es darme un vaso de ese vinillo de Lipari que tiene usted en la bodega. Desde Ajaccio hasta aquí hay una tirada, madre ; y sopla un mistral capaz de helarle á uno los huesos, si no tuviera la sangre corsa en las venas para resistirle.

En este momento se abría la puerta del otro cuarto — el matadero — y el tío Bozzo apareció en el umbral con una vela de sebo en la mano.

— ¡ Conque un vasito de Lipari, eh ? — preguntó con cómico espanto. — Como no te lo pintes... ¿ Sabes cuánto nos queda ? Pues cinco ó seis frascos, ni uno más. Y los negocios no van tan bien que podamos permitirnos esa prodigalidad, me parece.

— Nada de jeremiadas, papá, cálmese usted ; — contestó Enrique sonriendo al ver el ardor con que el viejo trataba de evitar un dispendio costoso. — ¡ Un día es un día, qué demonio ! Además he de decir á ustedes cosas importantes, y tengo la seguridad de que cuando las sepan se arrepentirán de haberme disgustado... Conque lo dicho : vaya usted á buscar un frasco de Lipari... Aunque mejor será que suba usted dos.

— ¡ Dos ! — exclamó el carnicero desapareciendo precipitadamente ante el temor de que Enrique aumentase el número de frascos pedidos.

— Sí, dos, — repitió el joven — porque esta noche va usted á brindar con sus hijos por última vez.

Al oír estas palabras el tío Bozzo se detuvo como por encanto y su digna esposa dejó escapar una exclamación de estupor.

— En la mesa diré á ustedes todo cuanto quieran saber ; — continuó Enrique — pero hasta que cenemos no he de abrir la boca, porque no quiero que entone un dúo con mi estómago, que se queja de hambre.

Dicho esto tomó un taburete y se acercó á la mesa.

Los viejos conocían su carácter y no ignoraban que era inútil pretender hacerle hablar si él había decidido callarse. Apesadumbrados ante la perspectiva de alguna posible locura que no les sería dado impedir, entregáronse á sus respectivas ocupaciones ; el carnicero se fué á la bodega, y su mujer, después de encender luz, dióse á preparar la cena. Cuanto antes estuviese esta dispuesta, antes les sería dado conocer las intenciones de Enrique.

Este por su parte monologuaba.

— ¡ Cosa más particular !... — decía — ese nombre de Sabielo me baila siempre en la cabeza... No puedo pasar por frente á su casa sin que me asalte la misma

idea... ¿Será mi padre?... ¡Mi padre!... ¡Vaya usted á saber por donde anda!... Ni papá Bozzo ni su mujer han dicho nunca ni una palabra acerca de esto; pero de sobra comprendo que no son ellos mis padres... Y eso que mis hermanos se me parecen mucho... Pero no, no puede ser. Los pobres como ellos no educan á sus hijos en colegios buenos; eso cuesta muy caro...

Poniendo los codos sobre la mesa, y después de hundir la cara entre las manos, continuó:

— ¡Cuánto me aburro en este miserable país! Podrirse aquí no es vivir, y yo quiero vivir. Mis hermanos... no, no me decido á abandonarlos. Tanto Francisco como Constante carecen de educación, son irresolutos y á veces testarudos como ellos solos... En fin, todo eso puede cambiar... lo esencial es que me sean fieles, y sí que me lo son. Ya me ayudarán, ya...

Abrióse en este punto la puerta de la calle y en la sala entraron dos hombres vistiendo ambos la blusa característica de los chalanés. Hízoles la vieja un signo y sin pronunciar una sola palabra fueron á sentarse en el rincón más obscuro.

Enrique era en la casa una especie de divinidad; el gesto de la vieja significaba:

— ¡Silencio, no turbéis su meditación! — Y los dos hombres, dóciles, habíanse acurrucado en un rincón sin formular la menor protesta.

— ¡A la mesa! — gritó el carnicero, quien regresaba de la bodega con dos frascos de vino.

Salió Enrique de su ensimismamiento, y percatándose de la presencia de sus hermanos exclamó dirigiéndose á ellos:

— ¿Cómo, estabais ahí?

— Buenas noches, Enrique; — dijo uno.

Y repitió el otro como un eco:

— Enrique, buenas noches.

Sentáronse todos en torno á la mesa. A un lado de ella Enrique ocupó el sitio preferente entre los dos viejos; frente á ellos Constante y Francisco parecían dos niños castigados.

Silenciosamente, como gente que no quiere perder bocado, comieron todos la sopa, apetitosa á juzgar por

el olorcillo que exhalaba y también por su espesor, y en cuya composición habían sin duda entrado todas las legumbres de la creación.

El tío Bozzo, un si es no es impaciente, mordiscaba de vez en cuando su blanco bigote. Ganas se le pasaban de interrogar á Enrique acerca de las prometidas revelaciones, pero le molestaba la presencia de Constante y Francisco; de ahí que se tragase la preguntilla cada vez que ésta asomaba á la punta de su lengua. Además temía indisponerse con Enrique.

Como ya hemos dicho, éste ocupaba en la casa una posición preponderante, y dominaba moral y materialmente no sólo á sus hermanos si que también al carnicero. La madre era la única que se permitía con el joven el uso de cierta autoridad, aun cuando sin abuso.

Veamos el porqué de todo esto.

Diez y siete años antes de la época en que comienza nuestra historia, y en las primeras horas de una brumosa noche del invierno, los esposos Bozzo, jóvenes aún en aquel entonces, disponíase á dar por terminada la velada cuando un hombre, de ellos desconocido, entró precipitadamente en la posada, llevando entre los pliegues de su capa el cuerpo de un niño recién nacido.

— Señora, — dijo dirigiéndose á la posadera que amamantaba aún á Francisco, segundo de sus hijos, — soy el padre de este niño, y vengo á suplicar á usted que se encargue de él. ¿Acepta usted?

— Según y conforme; — contestó la mujer, que era práctica por lo que respecta á los negocios. — Dígame usted ante todo su nombre y el de la madre del muñeco, y si esos nombres me suenan, hablaremos luego del precio.

Vaciló un momento el desconocido, y dijo enseguida:

— Por lo que hace á la madre no puedo decir nada: es para ella cuestión de vida ó muerte el quedar desconocida de todo el mundo. Yo no tengo inconveniente en declarar que me llamo Ricardo Sabielo y que soy primo de usted.

— ¿Primo mío?

— Como que soy resobrino de Fra-Diavolo, en el

mismo grado que su marido de usted, señora. Y eso precisamente es lo que me ha impulsado á venir para confiarle mi hijo, que al fin y al cabo resulta pariente de ustedes.

Como es natural, una conversación comenzada bajo tan buenos auspicios debía terminarse con un acuerdo completo entre los interlocutores. En el momento de retirarse sin el niño, que ya tiraba de la mama de su nueva nodriza reemplazando á Francisco que dormía ahito, Ricardo Sabielo añadió á modo de conclusión.

— Pónganle ustedes el nombre de Enrique, pero déjenle en la absoluta ignorancia del de su padre hasta que pueda revelárselo yo mismo, que será cuando me haya creado la posición que ambiciono y que hoy no tengo.

— Así se hará, y si es necesario empeñamos nuestra palabra de honor.

— Gracias, cuento con ella. Una palabra aún : si una circunstancia imprevista, mi muerte por ejemplo, me impidiese realizar los deseos de mi corazón con respecto á mi hijo, quedan ustedes autorizados para revelar el origen de su nacimiento en cuanto sepan ustedes que no existo.

— Entendido ; y sobre todo no olvide usted de enviar la pensión.

— Tengan ustedes la seguridad de que les será pagada puntualmente.

No hubo más. El pequeñuelo llegado al mundo bajo tan tristes auspicios y que sus padres confiaban á manos mercenarias, debía saber más tarde qué desgracia tan grande es la de entrar en la vida por una puerta que no es la principal. Y debía también gustar el sabor de la venganza.

Los esposos Bozzo eran dos infelices, y educaron á Enrique como Dios les dió á entender, es decir, lo mismo que educaban á sus dos hijos legítimos, ayudándose para ello materialmente con la pensión del pequeñuelo, que llegaba todos los meses con gran puntualidad, encerrada en un sobre con sello obliterado en Argel.

Hasta la edad de ocho años la existencia de Enrique se deslizó feliz é inconsciente en casa de sus padres

adoptivos ; y aun cuando el rapaz se mostraba un tanto autocrático y asaz batallador con sus hermanos de leche, queríanlo con sinceridad los posaderos, y hasta temían que llegase la hora en que el padre legítimo estuviese en disposición de hacer valer sus derechos.

Fué precisamente por aquella época cuando llegó una carta de Ricardo Sabielo en la que éste ordenaba la inmediata entrada de su hijo, en calidad de interno, en el Colegio de jesuitas de Ajaccio.

Aquella separación, aun cuando no completa ni definitiva, apesadumbró á los esposos Bozzo ; obedecieron no obstante, en primer lugar porque mandaba quien podía hacerlo ; y además por tratarse de un real beneficio para Enrique, cuya inteligencia manifiesta habíales puesto ya más de una vez en el caso de sentir con toda su alma no poder costear estudios á aquel cerebro que se revelaba privilegiado. Pero en fin, aparte lo relacionado con la educación, Ricardo Sabielo les confirmaba en los derechos que les diera sobre su hijo, y esto era ya para ellos un consuelo.

El carácter dominador de Enrique se reveló por entero durante su estancia en el colegio. Demasiado orgulloso para ocupar con resignación un lugar secundario, aun cuando fuese bueno, quiso tenerlo desde luego en primera fila, á la cabeza de los de su clase, en la sala de estudio como en el patio de recreo, y hubo de conseguirlo sin dificultad, ayudado en la magna empresa, de una parte por su inteligencia, gracias á la cual le era dado satisfacer la favorable opinión que de sí mismo tenía : y de otra, por su agilidad y fuerza físicas que le daban incontestable ventaja sobre todos sus compañeros.

Para dar una idea de su carácter dominante citaremos un hecho en el que se reveló por la primera vez una neurosis particular y terrible.

Llegó Enrique al colegio vestido con una blusa de algodón, azul, por el estilo de la que vestían sus hermanos de leche. Sabida es la costumbre de los niños de burlarse de todo, especialmente del daño que ellos mismos ocasionan. Cada internado, y esto desde tiempo inmemorial, cobija entre los alumnos un grupo de opre-

sores y otro de oprimidos. Estos últimos se reclutan generalmente entre los débiles, y con el tiempo, y á fuerza de coscorrones, llegan á ocupar el sitio de los primeros. Es lo mismo que sucede, aunque en mayor escala, naturalmente, en la vida ordinaria.

Pues bien, la indumentaria de Enrique hubo de chocar á sus nuevos compañeros, algunos de los cuales se concertaron para darle una bromita, lo más pesada posible, durante el primer recreo en que se encontrasen juntos, á fin de saber lo que daba de sí el chico de la blusa.

Como es consiguiente la elección para romper el fuego recayó en el menos tímido de los muchachos, un zagalón de las montañas de Casaglione, que había cumplido ya sus doce años.

— ¡Vaya un trajecito que se ha traído el nuevo! — gritó mostrando desdeñosamente la blusa de Enrique; — este mocoso es un bandido, como si lo viera.

Oida la cuchufleta formaron círculo los muchachos dejando en el centro al interpelante y al interpelado.

Aquel, á quien el silencio de Enrique envalentonaba, preguntó con sorna:

— ¿Se te ha caído la lengua, simiente de horca?

Enrique, al oír el primer insulto, se contentó con encogerse de hombros; en realidad el epíteto de bandido no tiene en Córcega la misma infamante significación que en el continente; pero cuando el grande le apostrofó de nuevo, su paciencia pareció agotarse de pronto.

— Quizás sí que soy un bandido, — dijo rechazando á los alumnos que le rodeaban; — cuanto á lo de simiente... puede que esta simiente te aplastara, si le sirvieras tú de horca.

Estas palabras, en concepto de aquellos esforzados paladines tenían toda la significación de un guante arrojado á la cara del provocador. Había habido cambio de injurias; el de linternazos hacíase indispensable.

El zagalón de Casaglione que le llevaba á Enrique la cabeza, se abrazó á él y lo levantó como si fuera una paja, con gran contentamiento de los testigos, quienes conoedores de los arrestos de su camarada, que era el gallito del colegio, disponíanse ya á ovacionarle y á confundir al mismo tiempo al pequeñín de la blusa.

Pero ¡cosa extraña! aunque levantado del suelo, no fué él el que cayó; permaneció, sí, durante un minuto, que á todos pareció un siglo, entre los brazos del montañés quien hacía esfuerzos desesperados para derribarlo; y cuando hubo transcurrido el minuto, Enrique desasiéndose de pronto, quedó en pie sobre el terreno, mientras que su contrario caía al suelo de espaldas cortado el aliento por la presión nerviosa que sobre su pecho ejerciera durante un minuto la « insignificante semilla de horca. »

Y ya se volvía el vencedor, tranquilo y satisfecho, plácido el semblante y sereno el pulso, hacia los espectadores, cuando sintió que le pinchaban por detrás. Era el montañés, que más mortificado por su derrota que convencido de su impotencia, llegaba sobre él con un cortaplumas abierto en la mano.

Ver el brillante acero y operarse rápido cambio en la fisonomía del hijo adoptivo de los Bozzo, en cuya cara se reflejó una expresión casi feroz, fué obra de un momento. Rápidamente, de un soberbio puñetazo en las narices, derribó de nuevo á su contrincante. Llegó en esto el padre de semana, con pretensiones de poner fin al pugilato, y sus esfuerzos en este sentido resultaron estériles porque *el nuevo* habíase trocado en un tigrecillo y solo atendía á poner maduro como una breva al que osara desafiarle. Y con seguridad que el montañés hubiera salido marcado de la lucha, á no haber desaparecido como por el encanto el cortaplumas una vez caído el que lo esgrimiera.

En fin, calmados los nervios de Enrique, terminó el combate antes de que regresara el padre de semana que había ido en busca de refuerzo. A partir de aquel día fué Enrique el matón de su clase, y tuvo por el mejor de sus amigos al montañés provocador de Casaglione.

Pasaron algunos años, durante los cuales fué siempre el primero en todo; pero he aquí que cuando iba á comenzar el último curso del bachillerato un imprevisto acontecimiento llegó á proyectar no poca sombra sobre su hasta entonces refulgente estrella.

Otro alumno, árabe de nacimiento, y dos años menor en edad que Enrique, Ali-Akmet, había tenido la audacia

de igualarse con él en los estudios, aprobando cursos dobles durante tres años. Y no era eso solo. Como si no se percatase de que el testimonio que daba de su aplicación y talento disminuía el mérito del eterno primero, el árabe se negó á aceptar la supremacía de Enrique en el patio y llevó la impudencia hasta el extremo de provocarle.

Aun cuando bien contra su voluntad, porque hay reputaciones que, como los tronos, envejecen, hubo de batirse Enrique varias veces con Ali-Akmet; y por más de que se mostró siempre el más fuerte, no consiguió domar á su adversario, cuya naturaleza resistente era de esas que si se declaran vencidas un día, es para volver á la lucha con nuevos bríos al poco tiempo.

Terminó por fin Enrique sus estudios y abandonando el Colegio de Jesuítas, reintegróse definitivamente á la posada-carnicería de los Bozzo. Mucho habían éstos sufrido por la ausencia del joven, hasta el punto de parecerles que pasaban con excesiva rapidez los periodos de vacaciones; su alegría fué pues inmensa cuando le recibieron de nuevo en la casa hospitalaria, y durante largos días marido y mujer hablaron largo y tendido acerca de los cambios que los últimos años de colegio operaran en la fisonomía de su hijo adoptivo.

No era precisamente la varonil belleza de Enrique lo que llamaba la atención de los viejos: encontrábanlo por el contrario natural. La causa de su sorpresa residía en que, al hacerse hombre Enrique, sus rasgos fisonómicos habían adquirido gran semejanza, — aunque eran menos toscos que ellos — con los de sus dos hermanos de leche. Y esta observación hubo de recordar á los esposos Bozzo que Ricardo Sabielo les había dicho ser primo de ellos. De ahí sin duda ese parecido que constituía un caso curioso pero indudable de atavismo.

El joven ex-discípulo de los Jesuítas pasó algunas semanas en casa de su padre nutricio, en la que su principal distracción consistía en degollar los carneros que aquél destinaba á la venta. Grande era su habilidad en este trabajo; la rapidez de su mano extraordinaria, y su golpe de tajo tan limpio que el carnicero lo contemplaba admirado sin parar mientas en la palidez del rostro del

muchacho, ni en los movimientos convulsivos que agitaban sus brazos mientras se dedicaba á su sangrienta tarea.

Como es de suponer, esta existencia tranquila, sí, pero poco en armonía con sus gustos é inclinaciones, y demasiado primitiva para un hombre educado como él lo fuera, no podía satisfacer por mucho tiempo á Enrique; para éste habían pasado ya aquellos tiempos de su primera juventud en que cifraba toda su ambición en hacerse obedecer de sus dos hermanos de leche.

Un día que con ellos regresaba de la feria de Guincheto, pueblecillo situado junto á la carretera de Bonifacio, á cuatro ó cinco quilómetros de Sarténe, hubieron de sostener una pendencia con cuatro marineros sardos que se encontraban un tanto exaltados á consecuencia sin duda de copiosas libaciones. Como sucede generalmente en casos tales, hubo primero unas palabras, de estas pasaron á las manos, y los golpes y mamporros llovieron sin interrupción durante largo rato. ¡ Cosa extraña! Enrique, contra su costumbre, no fué el primero en pegar en aquella ocasión. Lo cual no impidió que cayese aplastado de un puñetazo el marinero que tuvo la desdichada idea de acometerle. Menos lamentable fué la suerte de otros dos, de uno de los cuales se deshizo Constante enviándole á puntapiés á un cenagal en el que ya pataleaba el adversario de Francisco; cuanto al cuarto y último, temeroso y con razón de seguir el camino del lamedal ó de ser aplastado, decidióse á buscar en la huida la salvación y dióse á correr como alma que lleva el diablo. ¿ Por qué hubo de tropezar en su carrera con un teniente de gendarmería que caminaba seguido de un ordenanza? ¿ Por qué, sobre todo, hubo de indisponer á ambos representantes del orden contra los tres hermanos Bozzo? Sin duda porque lo que está escrito ha de pasar. Y lo que pasó fué que el combate, que había terminado por ausencia de uno de los bandos de combatientes, se reanudó en aquel punto por habérsele ocurrido al teniente la peregrina idea de ordenar á los tres hermanos que se constituyesen presos.

Al oír esta orden, formulada en tono autoritario, tomó

Constante entre sus robustos brazos al marinero delator y lo llevó hasta el cenagal en que dos de sus compañeros se revolvían impotentes para arrancarse al fango que amenazaba con engullirles; Francisco, de un rodillazo aplicado con singular maestría estropeó la mandíbula del ordenanza quien perdió la punta de la lengua, quedando tartamudo para el resto de sus días; y por no ser menos que sus hermanos, Enrique, animado por su primera y fácil victoria, arrancó de un tirón los galones del teniente, quien encolerizado por tanta osadía y creyendo habérselas con asesinos desenvainó la espada y recostándose en un árbol se dispuso á vender cara su vida.

Nunca se le hubiera ocurrido hacerlo.

Al ver centellear el acero, Enrique, bajó de pronto la cabeza, y, tomando un poco de carrera, la hundió rápidamente en el pecho del oficial, con golpe de catapulta.

Exhaló un gemido el desdichado militar: hasta sus labios contraídos llegó un poco de sangre pulmonar; palideció intensamente, y de su mano abierta se escapó la espada, inútil ya para la defensa. Tenía el pecho aplastado.

El escándalo que este hecho produjo fué enorme. Ordenada la prisión de los tres hermanos, la gendarmería hizo cuanto pudo por cumplir el mandato que recibiera; pero el oficio de gendarme es aún de más difícil desempeño en Córcega que en ninguna otra parte, porque allí existe la espesura, donde la persecución de los criminales se hace imposible, y los Bozzo, como tantos otros, no fueron habidos.

Enrique y sus hermanos ganaron la espesura y se hicieron bandidos. Hay que advertir que en Córcega, todo el mundo es más ó menos bandido, y que un bandido corso no es siempre ni necesariamente un malhechor.

La vida en la espesura es intolerable.

La espesura, en francés *le maquis*, es sencillamente la campiña de Córcega, en la que vegetan entremezclados enebros, arrayanes y madroñeros. Esta vegetación, cuya altura alcanza hasta medio metro, es de todo punto impropia á esconder hombres, pues en ella apenas si pueden ocultarse los mirlos. De ahí que el hombre que

gana la espesura pueda continuar viviendo tranquilamente en su casa ó en la de sus padres, suponiendo que no tenga enemigos entre los que le rodean. Si los tiene, emigra á un pueblecillo cualquiera de los alrededores, en el que con seguridad descubrirá algún individuo más ó menos emparentado con él que se prestará á darle asilo, porque el sentimiento del parentesco es general y profundo entre los corsos.

Estos insulares, si no protegen el bandidaje, lo ven por lo menos sin malos ojos, y por las noches, durante las largas veladas del invierno, se cuentan en las tertulias ciertas historias y anécdotas que nada tienen en verdad de espantables ni de repugnantes.

Un bandido célebre, llamado Siamoni, se apresuró á prestar auxilio á la diligencia de Bastia, detenida cierto día de invierno á causa de la nieve. En el interior se hallaba, entre otros viejeros, el procurador de la República, recién llegado del continente; y como este magistrado admirase la energía desplegada por el bandido para sacar la diligencia de la mala situación en que se encontraba, hubo de preguntarle si conocía á Siamoni y si era cierto que se ocultaba por aquellas cercanías.

— Sí, señor, le conozco — contestó el interpelado — y puedo asegurar á usted que no se halla muy lejos.

El magistrado, muy inquieto, esperaba con impaciencia que el vehículo quedase fuera del atranco. Cuando esto sucedió, y en el momento de ponerse de nuevo en marcha, estrechó con efusión la mano de Siamoni y de sus hombres diciéndoles ingenuamente:

— Podrá haber bandidos en este país, pero por fortuna, veo que no faltan en él los hombres honrados y de buena voluntad.

Otra historia no menos picante es la de Grisoni, ante el cual huían los gendarmes. Este bandido generoso era la Providencia de sus paisanos; recogía á los huérfanos, socorría á los necesitados y no vacilaba en erigirse en justiciero de vez en cuando. Actuando como tal obligó en cierta ocasión á un seductor á casarse con su víctima. Y lo notable del caso es que la víctima era hija de un gendarme.

Pero volvamos á nuestra historia.

Los Bozzo, aunque autores de un delito que podía llevar aparejada la pena capital, no tenían enemigos en Sarténe; de ahí que les fué dado seguir viviendo tranquilamente en casa del posadero-carnicero, sin perjuicio de considerarse como internados en la espesura. Si los gendarmes se acercaban, eran al punto advertidos; y como las gentes de aquellos contornos no tenían queja de aquellos hombres considerados como homicidas involuntarios, nadie se hallaba interesado en entregarlos á la justicia.

Sin embargo, si la vida tranquila de Sarténe hubo de parecer insípida y sin alicientes al antiguo primero del colegio de Jesuitas, la nueva existencia, en la que las fugas incesantes sucedían á los terrores continuos, hubo de antojársele insoportable.

Su país natal le pesaba como losa de plomo; deseaba ver mundo, hacer fortuna.

Para ello, y ante todo, era preciso trasladarse al continente; y como no quería marchar solo, decidióse á enterar á sus hermanos de sus proyectos de viaje.

Los dos Bozzo, desde la muerte desgraciada del teniente de gendarmería, andaban alicaídos, comiendo poco y durmiendo menos. No eran ellos los autores materiales del crimen, y probablemente, de presentarse á las autoridades, habrían sido condenados á una sencilla multa; pero Enrique les dominaba, mantenía en ellos el miedo á la justicia, y los pobres muchachos veían frecuentemente en sueños, el fatídico espectro de la guillotina.

Por otra parte, faltos en absoluto de iniciativa, no habrían sabido resistir, y esto en ninguna circunstancia, á la presión que sobre ellos ejercía su hermano de leche. Cuando éste les propuso llevarles consigo, eran tales sus disposiciones de espíritu que se alegraron al considerar que su buen genio, como llamaban á Enrique, prefería salvarlos al salvarse él, que dejarles allí abandonados á su mala suerte. Cuanto á los ulteriores designios de Enrique, eran para ellos letra muerta.

Quedó pues convenido que no se hablaría del proyecto á los dos viejos, y que el ex-discípulo de los Jesuitas, único de los tres que poseía algunas economías se trasladaría sin demora á Ajaccio para obtener tres pasajes á

bordo de un barco mercante, próximo á zarpar para Tolón.

Dos días invirtió el joven en el desempeño de su comisión, durante cuyo espacio de tiempo no se había presentado en su casa de Sarténe; y he aquí que aquella noche llegaba, anunciando una gran noticia que podría muy bien ser la de la separación.

Así creyó comprenderlo el tío Bozzo, y aun cuando el pobre hombre ardía en deseos de saber, no se atrevía á formular la pregunta que vagaba entre sus labios, temeroso de conocer demasiado pronto la funesta decisión de aquel muchacho, hijo de otro hombre, y que él prefería no obstante á los suyos propios.

Conociólo bien y le constaba que nada en el mundo sería capaz de disuadir á Enrique de sus proyectos, buenos ó malos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30145